ALFREDO URDACI

Nací en Pamplona, el 22 de diciembre de 1959, el mismo día que el general Eisenhower paseaba por la Gran Vía en el Rolls del general Franco. Estudié Periodismo y Filosofía. He trabajado en *Diario 16*, en Radio nacional de España, como director de varios informativos y como corresponsal en Roma, donde asistí a la caída de la Democracia Cristiana y al ascenso de Berlusconi. Allí me hice especialista en hundimientos y escéptico sobre los tiempos nuevos. De vuelta en España dirigí *España a las 8*, que era el informativo estrella de RNE. Luego pasé a Televisión Española: seis años como presentador de la segunda edición del *Telediario*, cuando hacíamos un 30% de cuota de pantalla. Eso casi ni se recuerda. Luego he trabajado en casi todos los medios y en casi todos los formatos, incluido el humor. Fundé Ludiana, que es una central de comunicación dedicada a las situaciones de crisis y al asesoramiento a empresas. He publicado varios libros: *Días de ruido y furia*, *Cómo salir del infierno*, *El cónclave*, *Benedicto XVI y el último Cónclave*, *Fide muy de cerca* y *Pintar la Justicia*. De mayor quiero ser fotógrafo y hablar árabe. En lo primero voy bien. En lo segundo mejoro poco a poco. Ahora soy director de informativos en 13Tv y presento *Al Día* a las 20:30 de la noche. Si quieres saber más, te dejo mi correo: Urdaci@ludiana.com.

LAS ALMAS QUE LLEVA EL DIABLO

No fue un sueño nocturno, tan solo la continuidad inconsciente de algo agotador. Cuando despertó tenía todavía la música golpeando en las sienes, y la sangre como encharcada detrás de los ojos. Cuatro gotas le cayeron en la frente; otras más las sintió en las manos. No era lluvia, ni mar, aunque el suelo se movía. La boca no le sabía a sal. Era solo un pliegue amargo y pastoso. Ráfagas de agua volvieron a caer a plomo y desde algún lugar, en el fondo de la oscuridad, se escuchó una queja agria, y luego otra, más airada. Arreciaron las ráfagas, como en la proa de un barco de turistas, a medianoche, en alta mar. El agua salpicó desde abajo, y arrastró un escándalo de latas y botellas de plástico. Palpó la madera, la pintura cuarteada, y la agarró como si así fuera a parar el movimiento de vaivén, arriba y abajo y a los lados, la oscuridad dando vueltas sobre sí misma. Se giró con cuidado. Al otro lado había manchas de color: luces lejanas, ruido de feria y un destello naranja, como de mariposas uniformadas, que lanzaban agua al aire graso de la madru-

gada. Unos metros más allá unos cuerpos se movían bajo el agua, como si fuesen náufragos esperando un rescate.

Cayó en la conciencia como una piedra a plomo, como sus viejos pacientes cuando recibían la noticia de un proceso incurable. De haber estado sobrio habría dado manotazos al aire, pero no se atrevía a soltar las maderas del banco, el único barco al que se podía aferrar. No merece la pena hacerse preguntas cuando uno teme todas las respuestas. Orientarse en las últimas horas fue un acto involuntario, del que ahora tenía un recuerdo vago, tartamudo. Se fueron iluminando algunos instantes, como las palmeras de luz de los fuegos artificiales. Un destello, un árbol en el cielo que te deslumbra y luego nada, de nuevo la oscuridad. Palpó los bolsillos. Tabaco y unas cerillas. Con la luz del fósforo se le iluminaron las manos, y la punta de un cigarro arrugado. Y la hierba al tirar la cerilla fugaz.

El humo parecía pasar por un tubo acartonado y seco: sus bronquios. El humo de Claudio en la terraza del Yoldi, cuando recibió la llamada de su abogado, y fumaba nervioso, y solo asentía con la cabeza baja, todos callados, y él diciendo que sí, claro, claro. Y luego colgó y pidió otro Campari y no quiso decir nada pero todos sabíamos que algo se había roto en algún lugar con un estruendo de mil cristales. Quizá Claudio fuera alguno de aquellos cuerpos que se movían en la oscura hierba. Le había buscado por las calles, apartando borrachos, en los bares siempre abiertos, en el destello infernal de la feria, todo ruedas que giran y olor a grasa dulce, y el altavoz que anunciaba el monstruo del terremoto de Nicaragua, encontrado en una grieta, mitad mujer mitad araña. Luego lo siguió hasta el parque, sin saber si era él quien caminaba veinte metros por delante. Y allí se perdió. Se lo tragaron los árboles, o la hierba húmeda. Y allí dejó la búsqueda cuando tropezó con un banco al que se entregó como si fuera una patria.

Desandar. Ahora que el barco/banco ya se había parado tocaba deshacer el camino, para regresar a la plaza. Buscar a Silvia. Silvia empapada de vino, Silvia en los toros, bebiendo con ansiedad, y luego tumbada en el Yoldi, desmayada, el pelo apelmazado, el pañuelo arrugado, convertido en una soga atada al cuello, un zapato extraviado —«déjala dormir, vamos a seguir con lo nuestro, no te preocupes que aquí no nos conoce nadie, y si tienes miedo te pones una gorra, ya verás»— y Claudio que le quita el otro zapato y los pantalones y la cubre con una sábana y cierra la puerta. Nunca le había visto un gesto de ternura. Ni siquiera lo habría intentado imaginar. En otros sí. En Claudio nunca. En el hall seguían Álvaro y Vera, impacientes: «una juerga no se debe interrumpir», dijo Álvaro «hace una semana te estaba pidiendo el divorcio y ahora la acunas en la cama, no tienes remedio».

Esa noche cenaron con euforia en el Alhambra. Bebieron mucho y se miraron poco. Una de esas cenas de las que todos sobran pero nadie se quiere marchar, y se reiteran las copas y el «teacuerdas», y el «yohice» y «quebienlopasamosenelbarco», y conforme avanza la conversación salen más «hijodeputas» y más tacos y maldiciones, porque todo avanza hacia ese capítulo final que comenzó con la llamada del mediodía. A Claudio le llovieron esa tarde los mensajes. Y ya en los güisquis pasó lista de los que habían escrito y de los que no. Faltaban muchos y algunos de los que leyó los pronunció lento, con sorna, hizo muecas y aspavientos para que sonaran falsos, burlescos, como él los sentía en esa hora, aunque en otro tiempo tuviera que hacerles reverencia, o quizá por eso. «Ya verás, es la una y cuarto, le llamo a Gustavo y le va a dar un infarto, cuando vea que soy yo va a pegar un bote y no va dormir en toda la noche, el capullo. Le voy a recordar todo lo que le hemos dado, y me dirá no, por teléfono nooooooo». Y estallaba torrencial esa risa deses-

perada, de quienes se ríen desencajados, porque saben que ya no les queda nada más que vengarse del miedoso.

Claudio repetía las llamadas, los mensajes, hasta que Vera le paró. «Déjalo ya, venga, que nos está mirando todo el restaurante», «Sí, hombre, tu ponte de su lado, lo que me faltaba. Te has hecho rica, como todos nosotros, y ahora te pones estupenda. Te voy a decir una cosa, ya sé que el cuento se ha terminado, que esto ha sido todo mentira, y ahora vendrán otros con otro cuento, y todos querrán vivir en ese nuevo cuento y para eso algunos tienen que cagar y mear durante diez años en una celda. Pero lo que venga no dejará de ser un cuento hasta que venga alguien con otra historia mejor, y esto vuelva a empezar. Así que no te pongas estrecha antes de tiempo». Vera tiró la silla y salió por la puerta sin más palabras, y en la sala se hizo un silencio extraño hasta que alguien se puso a cantar. El tono de la conversación se volvió a levantar, pero ya no fue lo mismo, y se fue muriendo hasta que llegó la cuenta. Salieron a la calle muy entrada la madrugada. En una tienda de chinos compraron dos bolsas de caretas, no tanto para que nadie les reconociera como para ocultarse entre ellos, para que no vieran el fondo de decepción que empezaba a cuajarse en sus ojos. Luego se fueron todos, se quedó con Claudio, y ya no pudo sujetarlo hasta que lo perdió

Se puso de pie con cautela, destemplado por la humedad, se ajustó el pantalón y dio dos pasos en la noche balbuciente. Solo la brasa del cigarro le daba un pálpito de luz al rostro de Aristo. El doctor Aristo, con su hígado hinchado filtrando vasos de güisqui, médico que había dejado la medicina para meterse en la política porque no hay cuerpo más complejo y rico que la administración. Comenzó a desandar el camino por esa ciudad que es un laberinto tribal de bares. Atravesó de nuevo la feria, el monstruo ya dormido, y solo

la noria dando vueltas y el bar de los alemanes, iluminado como un estadio. Y la boca de la verdad. Metió la mano y una moneda, pero no llegó a tiempo de coger el veredicto. Una mano gruesa arrancó la nota de la ranura. El tipo se tapaba la cabeza con una gorra de ferrari. Dos botones sueltos dejaban libre una barriga prominente y peluda. «Macho, lo tuyo debe ser grave porque esto dice que tienes que cambiar de psicoanalista, dejar a tu mujer y empezar a vivir de verdad. Podemos empezar ya». Se quitó la gorra, le dio un abrazo y le cogió del hombro. «Venga, vamos a beber, que te veo triste».

Otro solitario, pensó. Uno que se quiere quedar hasta el final, los suyos no le siguen, ha dejado a todos en casa y vuelve a terminar la noche. Quizá en ese camino se había encontrado con Claudio. Ahora le vino su última imagen, hablando a gritos a un grupo de desconocidos en una barra de San Nicolás, contando hazañas de una fortuna que ahora iba a desaparecer con dos zarpazos judiciales, mientras Aristo le agarraba del brazo para que dejara la perorata y él seguía obcecado en disfrutar el último instante de la gloria del pícaro. «La vanidad», decía con un *gin tonic* en la mano «si quieres sacarle a alguien la pasta atácale por la vanidad, ahí pican todos, porque todos creen merecer mucho más de lo que tienen. Si tú se lo garantizas, serás el rey». Aristo había oído el mismo discurso cientos de veces. Lo había llegado a interiorizar y a veces se sorprendía repitiéndolo ante otros públicos. A Claudio, en el bar, los otros le jaleaban, le palmeaban, le despreciaban, pero Claudio seguía como si estuviera dictando su obra póstuma.

El ogro de la gorra le miró fijamente: «para que veas que soy un tío legal, ahora voy a meter yo la mano y tu coges la papela, ¿vale?» Aristo asintió. «Pero despéjate porque te estás durmiendo y yo no quiero muermos». La ranura volvió a escupir un papel blando, como el ticket de una pescadería. «Tu vida son las emociones intensas. No las desperdicies».

«¿Lo ves? Vamos a tomarnos unos carajillo y luego al encierro, conozco un sitio por aquí...». El cielo ya tenía un tono malva, y volaba el agua de las mangueras y un ejército de negros recogía la basura como si fueran restos de una guerra civil.

Recordó que se había citado con Álvaro en la plaza a las seis, para bajar a Mercaderes y correr un tramo, solo un pequeño tramo, tan solo unos metros, le había prometido. El doctor Aristo, novato en los encierros, se había dejado seducir por los relatos de Álvaro, con su filosofía de iniciado, «nunca correrás dos veces en el mismo encierro, que diría Heráclito». «Mira, Aristo, el encierro es algo de verdad, ahí estás desnudo, vas vestido, claro, pero sin protección, tu solo con los toros, sin más historias, y todo lo que pasa es auténtico, no hay ficción, ni hay engaño. Te la juegas, pero en la vida arriesgas a veces todo por cosas que no merecen la pena, que son falsas, que no duran nada». «Duran más que un encierro». «Lo vas a recordar toda la vida, ya verás. Con un poco de suerte mañana te sacan en una foto y te llevas a casa una grande para ponerla en el despacho».

El ogro se quedó al otro lado de la valla, inmenso y cordial. «Luego te espero para los churros». Entraron en la calle abarrotada. Unos bajaban, otros subían, los balcones rebosantes y las vallas plagadas, todo era excitación, mirar el reloj, estirar, unos botes, dar unas zancadas. Callados, Álvaro y Aristo evitaron hablar de la noche: «luego te cuento, pero ha sido una pesadilla». Aristo sintió que el aire del amanecer le despejaba y que el bullicio de esa hora temprana, ruidosa como si fuera el final de una tarde de domingo, le sacudía.

Sonaron los cantos al Santo en la radio desde algún balcón. La tribu cantaba al totem protector, abajo en el inicio de la cuesta. Luego sonó el cohete y después el segundo estampido, el que dice que han salido todos, y la calle empezó a moverse, unos corrían, otros daban saltos a la espera de ver la negra mancha de la manada que acuchilla el aire con las

astas. Corren primero por Santo Domingo una carrera que es una explosión, y luego llegan a la plaza del ayuntamiento, primera curva, se van a la derecha, rozan las vallas, suben a la acera, y enfilan por esa calle por la que a esa hora entra como un chorro de luz el destello del sol del amanecer, cegador. Aristo perdió de vista a Álvaro en los primeros instantes después del cohete. Esperó en la esquina donde terminaba la valla de madera. Desde allí podía ver el gesto de los que estaban encaramados. Por su mirada sabía el lugar de los toros. Cuando vio la primera asta echó a correr, mirando atrás, pero la manada llegó a su altura en dos segundos, mucho más rápido de lo que esperaba, y en ese instante se dio cuenta de que por mucho que corriera sería imposible ganar la carrera. Se clavó en el hueco de un portal cerrado, la espalda contra la puerta. Pasaron primero cuatro toros con algún manso que hacía sonar la esquila. Quedaban dos. Uno venía más lento, derrotando hacia la derecha, vacilante, distraído con el lateral de la calle. Vio el ojo fijo, negro. El ojo se le clavó antes que el asta. Solo sintió una corriente de calor que le penetraba el vientre, como un aliento fiero. Luego el frío. Vio los balcones, el cielo, bocas abiertas y manos que señalaban hacia el portal. Y luego nada.

En el hospital tardaron en reconocer el cadáver. Hasta que una enfermera de urgencias, a media mañana, vio las noticias en un monitor de la sala de intensivos. La primera contaba la muerte en el encierro, la segunda un atentado en Alepo. La tercera daba detalles de una operación judicial.